

BLANCA ÁLVAREZ

CABALLERO

Oh, voz cercada.
Con una piedra al cuello
Te echaste al agua.
BLAS DE OTERO

No he de incendiar

No he de incendiar mi espalda con latigazos de tu ausencia,
con pesado silencio que seca mis huesos de continuo.
No he de ser más ventana oscurecida.
No boca lacerante de fuego de tu hiel.
No estaca aprisionada entre mi pecho
vomitando la tenue sangre de la flor que pisoteas.
No el partido cristal que diario cae con mis miradas desde un último piso.
No más agujas en mis hombros ni martillazos sobre mis vértebras endebles
que resuenan el "Mierda serás. Al carajo", dijiste.
Al carajo los últimos instantes desgajados en tejas de tu vieja casona,
destrozados por los artificios de la maga.
"Perdida, la impotente", descalabrada con libros, cuadros y macetas;

con los escupitajos de tus podridos dientes.
Capa de sarro, también de cataratas en los ojos
porque no ves, no oyes, no me oyes.
Sólo tu "qué dirán" y la acidez chantajista del tiroides.
Sólo las piedras apiladas que lanzas a esta cainita Magdalena
hastiada del dolor.
Fuego en el rostro; heladas en la carne más interna.
¿En qué lago nos descubrimos tan Narcisos oscuros,
tan infierno por pecados capitales?
¿A qué luna no has dicho que te has cansado de vomitar
que soy tu cruz y tú, bendito?

Este silencio

I

De tus rosarios iracundos por las noches.
De tus paseos dominicales por el pueblo con mi madre y los niños
raídos tras tus piernas.
De la mirada baja si al paso nos salía "cualquier fulano".
Este silencio encadenado a nuestros puños,
entumeciendo las rodillas por no partir de viaje.
De las medias rasgadas cuando era adolescente.
Del escote reciente camuflado en la cena.
De los zapatos de hombres: mi regalo de Reyes "porque éstos no hacen ruido".
De tu cara de palo y pensamientos de polilla.
La Navidad solemne, el santísimo abril y el agosto inmóvil:
turistas en Acapulco por la tele.
Del nunca preguntarme la trillada cuestión del estudias o trabajas.
De tus brazos de alambre cuando en cumpleaños te reprochaba un solo abrazo.
Del eterno misterio de no saber si deletreas.
De insistir si sientes, si te incomoda tanto anonimato.
Tanto espeso silencio. Tanto.
Este espeso silencio, este padrísimo silencio comienza a darme risa.

II

De tus llagas no subsanables ni al suplicarme con tu cara cortada, amarilla-final,
que te perdone sin más que este silencio de terremoto en mi garganta.
Escombros son mis huesos toda vez que a tu encuentro
bolas de fuego verde se agolpan desde tu lengua en mis mejillas.
¿Cuándo los libros no dejaron de romperse y las calcetas de ser lavadas con agujeros?
Suéter a media espalda brillando de desgaste.
Y eras gran automóvil.
Y los viajes a hoteles con jakussi y dos amantes.
Y éramos en un cuarto con el granizo taladrando entre la espalda;
nuestro pánico hirviendo en la sartén porque en media hora
nos recordabas que nada nos costaba,
que nada desquitábamos, ni el nombre.
Ya ni siquiera el nombre con que a diario me invento mujer de claroscuros.
me hago y rehago un apellido.
Me regodeo en el alba: caballero vestido de muchacha.
Paradoja de ser tu autorretrato con pinceles de Münch, Friedrich, Van Gogh;
con las voces de Kafka, los pasos de la Murdoch, los ojos de la Woolf.

La mejor forma de cortarte la cabeza

La mejor forma de cortarte la cabeza:
mi larga cierra entintada de poesía.
Tu karma.